

15/2011

15 junio de 2011

Francisco José Berenguer Hernández

LA REVOLUCIÓN SECUESTRADA DE
YEMEN

LA REVOLUCIÓN SECUESTRADA DE YEMEN

Resumen:

Yemen es sin duda uno de los países más complejos del mundo. Fruto de la unificación tras cruentas guerras en él se desarrollan tendencias variopintas, desde rebeliones tribales a regiones secesionistas, además de ser uno de los principales escenarios donde la presencia de Al Qaeda es mayor. De este modo las revueltas sociales y políticas que a imagen y semejanza de Túnez o Egipto comenzaron a desarrollarse en el país se han visto superadas por el recrudecimiento de las luchas endémicas que lo asolan. Luchas que se han valido del ambiente e impulso de las protestas para intensificarse y eclipsarlas, produciendo un auténtico secuestro de dichas protestas en beneficio de las luchas de poder entre los actores habituales en Yemen.

Abstract:

Yemen is undoubtedly one of the most complex countries in the world. Resulting from the unification of north and south, the nation is plenty of different trends including tribal rebellions and secessionist regions. Moreover it's one of the main places where Al Qaeda is fully established. Thus social and political unrest according to the example of Tunisia and Egypt developed in the country that have been overcome by the resumption of fighting tribal in nature. Endemic struggles that have used the environment and momentum of the protests and have produced a real hijacking of the protests in favor of the power struggles among the usual actors in Yemen.

Palabras clave:

Yemen, Saná, Alí Abdullah Saleh, Sadiq Al Ahmar, Al Qaeda en la Península Arábiga

Keywords:

Yemen, Saná, Alí Abdullah Saleh, Sadiq Al Ahmar, Al Qaeda in the Arabian Peninsula

1. ANTECEDENTES

El país más pobre de la Península Arábiga es sin duda también el más complejo. Originado en fecha tan reciente como 1990, la República de Yemen fue el producto de la Unión de Yemen del Norte, existente desde la finalización del I Guerra Mundial y la consecuente disolución del Imperio Otomano, y la República Democrática Popular de Yemen, resultado del proceso de descolonización del protectorado británico construido alrededor del puerto de Adén en 1967, uno más de la extensa cadena de apostaderos navales construidos y mantenidos por el imperio marítimo británico, pero que cobró una importancia mucho mayor tras la inauguración del Canal de Suez en 1870, al dominar las rutas de entrada y salida al Mar Rojo. De hecho la frontera entre ambos países, artificial como tantas otras en el mundo, fue el producto del acuerdo alcanzado por los Imperios otomano y británico.

Pero esta unión no estuvo exenta de problemas desde el principio. En realidad ambas naciones presentaban con antelación a la misma una inestabilidad muy marcada que no dejaron de transmitir al nuevo Estado. En concreto Yemen del Norte, inicialmente una monarquía y país fundador de la Liga Árabe, llegó a formar parte de la República Árabe Unida, junto a Egipto y Siria. Pero tras la proclamación de la república en 1962 con la ayuda egipcia, se inició una larga guerra civil contra el bando monárquico apoyado por saudíes y británicos. Esta guerra, que empobreció al país y que dejó cicatrices aún presentes en nuestros días, finalizó en 1970 con la proclamación de un régimen republicano. Sin embargo el fin de la guerra no trajo la estabilidad al territorio, como demuestra el hecho de que en los años siguientes dos presidentes fueran derrocados mediante sendos golpes de estado y dos más asesinados, en un panorama más propio de la Macedonia de los árgidas que de un país miembro de Naciones Unidas en pleno siglo XX. Es en este contexto, con la permanente presencia de Arabia Saudí como actor fundamental en la política yemení del norte, donde surge la figura del aún presidente Saleh, que desde las filas del ejército se hizo con el poder en 1978 a pesar de la oposición armada de diferentes grupos.

Entre tanto en el sur el proceso seguido fue muy diferente. El Frente de Liberación Nacional, que se formó en 1963 con el apoyo de la Unión Soviética dentro de un esquema característico de la Guerra Fría, proclamó la independencia en 1967 iniciando una revolución de corte socialista que desembocó en una república popular característica del período que se mantuvo como fiel aliada de la URSS. Estas circunstancias provocaron el éxodo de decenas de miles de yemeníes que cruzaron la frontera estableciéndose en el norte.

La vida de la república popular, a imagen de su hermana del norte, estuvo plagada de incidentes y hostilidad, hasta el punto de desarrollarse una breve pero cruenta guerra civil en 1986, en la que el presidente Muhammad al-Hasani fue expulsado del poder y sustituido por el primer ministro Haydar Bakr al-Attas tras decenas de miles de muertos.

Sin embargo, a pesar de las evidentes diferencias ideológicas entre ambos regímenes, la conciencia de pertenecer a una patria común impulsó los intentos por unificar ambos países restaurando una nación más producto de la percepción de las élites que de una realidad histórica. Las dificultades del

proyecto se manifestaron en numerosas ocasiones, llegando a producirse choques armados entre fuerzas del norte y del sur en 1972 y 1979, que interrumpieron las negociaciones y exigieron la mediación de Siria, Irak y Jordania para su cese. No fue hasta 1981 cuando se acordó un proyecto de constitución de un único Estado que dio lugar finalmente a la ansiada reunificación el 22 de mayo de 1990, con el nombre de República de Yemen.

El acuerdo incluyó la designación de Sanaá como capital política, reflejando la supremacía del norte sobre el sur en el nuevo Estado, y de Adén como capital económica, así como el establecimiento de un Consejo Presidencial que nombró al presidente de Yemen del Norte como presidente de la nueva república. De este modo Alí Abdullah Saleh alcanzó la presidencia que aún mantiene, al menos formalmente.

Desde esa fecha existe un movimiento secesionista en el sur que tuvo su momento álgido en la guerra de 1994, en la que el norte, dueño de la mayoría de los recursos del Estado y con el control de las Fuerzas Armadas derrotó con facilidad al movimiento independentista.

Otro elemento de inquietud en el país fue el rechazo que la Constitución de 1991, ampliamente aprobada por referéndum, causó en los clérigos fundamentalistas y sus seguidores, al no contemplar la sharia como norma jurídica y otorgar el voto a la mujer. Posteriormente se introdujeron pequeñas reformas constitucionales con la finalidad de otorgar mayor cuota de poder y mandatos cada vez más largos al presidente Saleh, que tras resultar vencedor en diferentes ocasiones con sospechosas proporciones de votos a su favor, de la mano de su partido del Congreso General del Pueblo (CGP), ha ido avanzando en la patrimonialización del Estado en beneficio propio y de sus allegados, hasta que los acontecimientos del Primavera Árabe han alcanzado Yemen.

2. ESTRUCTURA SOCIAL Y POLÍTICA

Una parte importante de la complejidad del país reside en la base social de su población y las estructuras subyacentes en su sociedad. A pesar de los experimentos socialistas o de la colaboración con Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo yihadista internacional, lo cierto es que estructuras sociales arcaicas subsisten en el país con fuerza. Factores tribales y de pertenencia al clan son elementos aún de gran peso en el devenir de los acontecimientos.

Un ejemplo de este elemento consustancial a la realidad yemení es la rebelión de los *houthis*, un clan de la provincia de Saada, en el noroeste del país fronterizo con Arabia Saudí. Musulmanes chiíes de la facción zaidí – a la que pertenece por cierto el presidente Saleh y un 45% de la población yemení – tienen una visión fundamentalista por lo que consideran a Saleh, como aliado de los Estados Unidos, un apóstata. Enemigos igualmente de la monarquía saudí han protagonizado guerras intermitentes contra el régimen de Sanaá, a cuyas inmediaciones llegaron a aproximarse en una ocasión, que ha necesitado el apoyo de la aviación saudí. Con al menos seis pequeñas guerras desde entonces no se puede decir en modo alguno que sea un problema superado, sino que al contrario ven con esperanza la situación caótica que vive el país en estos días como una nueva oportunidad de reafirmar su identidad y aspiraciones alcanzando una independencia de facto. El gobierno central sostiene que

esta rebelión está sostenida por Irán, lo que es plausible dadas las habituales iniciativas iraníes para apoyar y expandir la confesión chií, pero no es menos cierto que una de las herramientas más comúnmente usadas por Saleh para convencer a propios y extraños de la necesidad de su continuidad es el sobredimensionamiento de las amenazas a las que está sometido el país. Aunque no parecen tener fuerza suficiente para vencer al gobierno, si la tienen para controlar en gran medida su territorio de origen y hacer muy difícil la presencia del Estado en él.

En otro orden de cosas también se mantienen disputas de naturaleza estrictamente política. En este apartado las aspiraciones secesionistas de una parte de la población del sur del país siguen vivas. Curiosamente esta tendencia ha sido incluso fomentada hasta cierto punto por las políticas de Saleh, que basando su estrategia para mantenerse en el poder en el clásico “divide y vencerás” no ha dudado en azuzar los intereses y sentimientos de las diferentes facciones de la muy fragmentada sociedad yemení para a continuación reprimir con violencia las disputas y presentarse como garante del orden y la estabilidad. También ha sido así con el secesionismo del sur desde el fin de la guerra de 1994, por lo que la brecha existente entre ambas regiones del país apenas se ha cerrado. Esta tendencia del presidente a la utilización táctica de sus recursos ha sido tan marcada que muy probablemente algunos de los enfrentamientos en Adén, capital del sur, fueron provocados directamente por las fuerzas de seguridad que justificaron de este modo la posterior represión. Fuentes locales denunciaron que incluso algunas personas fueron tiroteadas en sus casas para incrementar la sensación de inseguridad.

En cualquier caso la causa independentista del sur ha experimentado un notable crecimiento a partir de 2007. Desde entonces las reivindicaciones económicas y políticas no han sido satisfechas, manteniendo a los notables meridionales fuera de las principales posiciones de poder, tanto a nivel nacional como a nivel regional, lo que constituye uno de los principales motivos de descontento. Por supuesto, al igual que los *houthis* del norte, ven en la situación actual una oportunidad favorable a sus intereses.

Un gran grupo social que hay que tener en cuenta es el formado por aquellos yemeníes que, con una identificación muy fuerte con sus raíces tradicionales, mantienen una vinculación al grupo étnico o tribal superior a la que les une a la nación moderna del Yemen, como es el caso de los *hashid* liderados por el jeque Sadiq Al Ahmar. Estos ciudadanos, en todo momento atentos a las decisiones y alianzas de sus líderes tribales, como se ha podido comprobar en los últimos acontecimientos, suponen un elemento de peso en el equilibrio de poder del país, hasta el punto de poder ser decisivos en su alteración. No en vano mediante un clásico sistema de clientelismo político y económico muchas de las tribus se han vinculado al régimen, del que constituyen uno de los principales sustentos, pero también en consecuencia una de las amenazas más serias en caso de retirarle su apoyo, que es justamente lo que está sucediendo en las últimas semanas.

Por último, pero no por ello menos significativos, son los estudiantes islámicos y sus mentores, un grupo también influyente. Fuertemente conservadores, han visto tradicionalmente la colaboración de Saleh con Estados Unidos en su lucha contra Al Qaeda como una alianza contra natura, lo que

explica en parte la ambigüedad del desempeño antiterrorista de las fuerzas de seguridad yemeníes. Pero en esta opinión no se encuentran solos debido a que aún en las relativas horas bajas de popularidad de Al Qaeda en el mundo árabe que se experimentan hoy, a diferencia de épocas recientes, la simpatía que despierta su “ideario” y el tipo de gobierno que pretenden imponer son en Yemen los mayores del mundo. Se trata de una sociedad extraordinariamente conservadora en su conjunto donde un gobierno de corte islamista no sería visto como.

3. LA INFLUENCIA SAUDÍ

El papel de la vecina y poderosa Arabia Saudí ha sido siempre muy importante, aunque situado en unas coordenadas de difícil interpretación. Se pueden situar por un lado en una cierta hostilidad provocada principalmente por el establecimiento del país como república. Esta opción ha sido siempre considerada tanto por Arabia como por las demás monarquías del Golfo como una anomalía regional, con un posible efecto de imitación hacia las clases más populares de sus propias poblaciones.

A esta circunstancia hay que unir la siempre presente cuestión religiosa, porque aunque mayoritariamente suní la población yemení tiene una importante comunidad chií, como ya se ha dicho anteriormente. Las relaciones de familia entre los *houthis* del Yemen y la minoría chií de Arabia han llevado a las autoridades árabes a colaborar con el gobierno central yemení en sus conflictos contra la comunidad chií, incluso interviniendo militarmente en territorio del vecino del sur, si bien no siempre con la necesaria coordinación y aquiescencia del gobierno yemení.

El gobierno yemení por su parte, tanto por incapacidad para controlar sus fronteras como por voluntad propia, ha permitido la huida y el establecimiento en su territorio de numerosos yihadistas e incluso militantes de Al Qaeda procedentes de Arabia Saudí.

Otro foco de problemas entre ambos países ha sido la definitiva delimitación de la frontera común, controversia que no se cerró hasta el año 2000, no sin que antes Yemen se viera obligado a ceder ciertos territorios. Uno de los sucesos más relevantes de estas disputas fue el ataque de fuerzas saudíes a la isla de Duwaima, situada en el Mar Rojo y perteneciente al archipiélago de las Islas Hanis. Afortunadamente el enfrentamiento fue breve, al aceptar ambas partes la resolución del tribunal arbitral de La Haya, favorable a Yemen.

Pero no todas las acciones que contribuyeron a tensar las relaciones entre ambos países se debieron a la iniciativa saudí. De hecho, en una de las primeras actuaciones en el escenario internacional del Yemen reunificado, el gobierno protestó por la fuerte presencia militar extranjera en Arabia Saudí como consecuencia de la invasión de Kuwait por parte de Irak. En esos momentos, en los que las autoridades árabes temían por la propia seguridad nacional, reaccionaron de un modo contundente expulsando al casi millón de trabajadores yemeníes que se encontraban en Arabia. La necesidad de acoger a este gran contingente fue para un país de tan escasos recursos como Yemen un serio varapalo económico, además de la desaparición brusca de las remesas de dinero que estos trabajadores enviaban puntualmente a sus familias.

No obstante, en el desarrollo de unas relaciones tan turbulentas también hay cabida para la cooperación, impulsada principalmente por la fuerte implantación de Al Qaeda en la Península Arábiga en general y en Yemen muy en particular. Hay que recordar, aunque hoy no sea más que una anécdota, que Bin Laden aunque saudí de nacionalidad era de origen yemení, lo que contribuyó a su excelente imagen en este país. Pero lo relevante ha sido y continúa siendo la necesidad saudí de luchar contra el yihadismo, interés que le ha impulsado a cooperar con el país vecino hasta el punto de convertirse en el principal sostén financiero del régimen. La marcha del herido Saleh a Arabia para su tratamiento médico no es fruto de la casualidad, sino del hecho de compartir intereses comunes en la lucha antiterrorista y considerar al presidente quizás como un mal menor, capaz al menos de controlar hasta cierto punto las tendencias internas de su país evitando su conversión en un estado plenamente fallido que supusiera una amenaza mayor para Arabia Saudí.

4. AL QAEDA Y ESTADOS UNIDOS

Sin duda, una de las principales bazas en manos del presidente es su alianza con Estados Unidos en la lucha antiterrorista. La presencia de Al Qaeda en Yemen es un hecho palpable desde hace años, que tuvo su manifestación más clara en el atentado sufrido por el buque norteamericano USS Cole en el año 2000, atribuido a la dirección de Osama Bin Laden. Desde ese momento, y sobre todo tras los ataques en territorio norteamericano, Yemen se ha convertido en uno de los escenarios principales de la lucha global contra el terrorismo.

Las condiciones que presenta el país son desde luego poco menos que ideales como santuario y base de proyección de los terroristas, tanto desde el punto de vista geográfico como del social y político. Posiblemente incluso contemplan el país como refugio principal en el caso de que la prolongada actuación en Afganistán y Paquistán les dificulte mantenerse allí con capacidad de maniobra suficiente. No son por tanto gratuitas las palabras de Al Zawahiri – que vivió durante algún tiempo en Yemen – elogiando "el despertar *yihadista* en Yemen", principalmente desde 2009, y el hecho de que la administración norteamericana considere a la facción Al Qaeda en la Península Arábiga (AQPA), instalada en el país, como la segunda mayor amenaza terrorista sólo tras el núcleo activo en Afganistán y Paquistán, incluso para el propio territorio norteamericano, como demostró el fallido atentado del 25 de diciembre de 2009 perpetrado contra una aeronave comercial en espacio aéreo estadounidense. Una prueba de lo adecuado de esta preocupación es la presencia de un elevado número de yemeníes en Guantánamo, casi un centenar.

Desde su localización en Yemen AQPA se encuentra en posición ventajosa para amenazar a algunos de los principales productores de hidrocarburos así como a dos de los más importantes *choke points* del tráfico marítimo mundial, Ormuz y Bab el Mandeb, por donde transitan diariamente cerca de 20 millones de barriles de petróleo, además de los buques gaseros, aún más sensibles a posibles ataques terroristas similares al sufrido por el destructor norteamericano.

En consecuencia la colaboración entre el gobierno de Saleh y los estadounidenses ha sido intensa. Sus aspectos más visibles han sido los ataques aéreos efectuados por los norteamericanos contra objetivos en territorio yemení – que parecen haberse incrementado desde que las protestas y

revueltas arrecian en el país – y, sobre todo, el equipamiento y entrenamiento de unidades especiales antiterroristas de las fuerzas armadas del Yemen. Estas unidades, convertidas inevitablemente en élite, son mandadas y controladas directamente por personas indudablemente afectas a Saleh, incluyendo familiares.

Sin embargo esta colaboración no ha dejado de estar sembrada de dudas. Estados Unidos considera que la trayectoria de Saleh, ha sido ambigua y regulada según los intereses puntuales y coyunturales, hasta el punto de servirse a veces de activistas de Al Qaeda para combatir a otros de sus enemigos. Incluso bajo la sospecha de acuerdos alcanzados con los terroristas se han producido sorprendentes amnistías y rebajas de penas de algunos de sus miembros capturados. Esta actitud no ha evitado, sin embargo, que AQPA haya incrementado recientemente sus ataques contra elementos estatales yemeníes, ni que se haya sumado al creciente número de enemigos de Saleh que intenta capitalizar en su favor la revuelta general y el caos en el que el país se ve sumido desde hace semanas. La utilización de las unidades especiales antiterroristas para intentar sofocar los diferentes focos de la revuelta contra enemigos distintos de Al Qaeda no hace sino favorecer los intereses terroristas.

5. LA REVOLUCIÓN SECUESTRADA

Ante el escenario descrito, el contagio de las revueltas árabes a Yemen tenía que ser forzosamente interpretado en clave local. Siguiendo el ejemplo de Túnez y Egipto principalmente, o al menos pretendiéndolo, el movimiento civil encabezado por los sectores jóvenes de la población comenzó a manifestarse en contra de la corrupción, el nepotismo, la falta de oportunidades y las carencias democráticas. Pero la protesta comenzó a desarrollarse en unas condiciones diferentes de las experimentadas en los movimientos similares de Túnez, Egipto, Siria o incluso Marruecos.

Estos otros países se encontraban en una situación estable que se vio alterada por los manifestantes y sus reivindicaciones, siguiendo a continuación cada una de ellas su propio camino, desde la caída del régimen hasta la brutal represión del movimiento, pasando por los pacíficos proyectos de reforma constitucional de Marruecos. De un modo muy diferente la situación de Yemen era de inestabilidad preexistente. Y no sólo por lo descrito en los puntos anteriores, sino porque se hallaba en marcha el enésimo intento de reconciliación nacional y evolución del Estado hacia patrones más democráticos.

Durante el año anterior se habían ido desarrollando diferentes reuniones entre representantes del partido sostén de Saleh, el Congreso General del Pueblo (CGP) y una amalgama de partidos opositores conocida como Reunión Conjunta de las Partes (RCP). Pero las conversaciones tomaron un cariz poco grato para Saleh, ya que la RCP pretendía reformas que acabaran con el régimen personalista tantos años mantenido, por lo que el presidente ordenó suspenderlas. Desde ese momento Saleh, apoyado en su amplia mayoría parlamentaria, comenzó un proceso de reformas impuestas que no tenían más finalidad que su perpetuación en el poder y su posible sucesión por su hijo Ahmad.

Posiblemente confiado en su papel de colaborador necesario de Estados Unidos, sufrió un revés

político de primera magnitud cuando la administración norteamericana le instó a retomar el diálogo y llevar a cabo las reformas demandadas, mientras que apenas un mes más tarde comenzó la revolución tunecina. Este cúmulo de circunstancias impulsó a Saleh a mostrarse conciliador, por lo que el 2 de febrero hizo el pomposo anuncio de la vuelta a las negociaciones con la oposición, negando su intención de mantener el poder o legarlo a su hijo. Sin embargo, experto como es en tácticas dilatorias y esquivas nadie confió en la sinceridad del ofrecimiento, que situaba al país en el mismo punto que se encontraba en verano de 2010.

En consecuencia el día siguiente, 3 de febrero, se desarrolló la primera gran manifestación. Protagonizada por los jóvenes, a los que se sumó posteriormente la RCP, incluyó la ya clásica acampada días después en una populosa plaza de la capital, en este caso Al-Tagheer, además de la extensión de las protestas a otras regiones y ciudades del país. Pero las cosas nunca son sencillas en Yemen, donde entre otros riesgos ya descritos concurre la circunstancia de ser el país del mundo con mayor número de armas ligeras en manos de la población.

La diversidad de la oposición al régimen hizo que, en función de dónde se celebrara la concentración o manifestación, además de la general exigencia de abandono del poder por Saleh, la protesta se tiñera de la aspiración local o de los intereses del grupo dominante. De este modo en Adén el factor independentista hizo pronto acto de presencia, convocando a decenas de miles de personas, de las que varias murieron a manos de las fuerzas policiales. Desde ese momento la violencia de la represión de las manifestaciones ha ido escalando, provocando junto a numerosos muertos el crecimiento de la oposición a Saleh, por lo que diferentes facciones religiosas, políticas y tribus han ido sumándose paulatinamente al movimiento de oposición activa y han expresado su apoyo a los manifestantes iniciales.

Pero el acontecimiento que probablemente se haya convertido en el punto de inflexión de la supervivencia del régimen se produjo el 18 de marzo. Junto a la declaración del estado de emergencia, fuerzas leales al régimen dispararon contra la masa de manifestantes desde las azoteas, causando al menos 52 muertes, incluidos algunos niños. Esta masacre ha terminado por movilizar el descontento al que se han sumado los jeques de las principales tribus y los líderes religiosos más respetados. Incluso algunas unidades del ejército, no mandadas por familiares de Saleh o miembros de su clan que copan también la cúpula militar, se apartaron de la represión.

El período siguiente del proceso yemení ha estado protagonizado por la actitud dilatoria de Saleh, aceptando aparentemente la mediación del Consejo de Cooperación del Golfo, liderado por Arabia Saudí, junto a Estados Unidos y la Unión Europea, mientras negociaba las condiciones legales y económicas de su salida, a la par que ordenaba reprimir violentamente a los manifestantes. Así intentaba ganar tiempo para dividir a la oposición y, sobre todo, convencer a occidente de que tras su caída sólo el caos, la anarquía o un estado islámico beligerante podrían esperarse.

Este estado de la situación se ha visto definitivamente alterado por la rebelión armada de varias tribus. Los *hashid* liderados por el jeque Sadiq Abdalá al Ahmar, posiblemente la organización tribal más poderosa del país, unidos a facciones militares opuestas a Saleh mandadas con toda

probabilidad por el general disidente Alí Moshen, se han enfrentado a finales de mayo y primeros días de junio con las unidades aún fieles al presidente. En definitiva un escenario de guerra civil abierta que, no obstante las diferentes treguas declaradas y no cumplidas, han convertido a Sanaá en un campo de batalla que ha afectado a numerosos edificios oficiales e incluso al aeropuerto internacional de la capital. Curiosamente el escenario más pacífico durante estos días ha sido la acampada frente a la Universidad, donde desde la protesta juvenil se han lanzado varios llamamientos al cese de las hostilidades. Y es que los manifestantes iniciales se han visto superados por el devenir de los acontecimientos, pasando de ser aparentemente el detonante del proceso que pondría fin al régimen de Saleh, a ser meros espectadores de una dinámica alejada de sus reivindicaciones y entroncada en las antiguas disputas y facciones que conforman la realidad yemení. En cierto modo los revolucionarios han experimentado como se secuestraba por los poderes tradicionales del país la revolución que habían lanzado.

El por ahora último capítulo de esta sucesión de acontecimientos sobrevino tras el ataque efectuado contra el palacio presidencial el pasado 3 de junio. Mayoritariamente atribuido a las milicias de al Ahmar, aunque presuntos testigos presenciales declaran la responsabilidad de los militares desafectos, lo cierto es que las heridas causadas al presidente Saleh han llevado a la situación a un nuevo estadio.

Aunque la incierta y potencialmente explosiva evolución de los acontecimientos ha llevado a la práctica totalidad de las cancillerías a evacuar a los nacionales del país, incluido el personal diplomático, el traslado del presidente a un hospital saudí abre un nuevo abanico de posibilidades no necesariamente negativas. La primera de ellas es que el vicepresidente Abd-Rabbu Mansur Hadi, que ha asumido el poder en su ausencia, puede tomar decisiones sin que sea necesaria la tan repetidamente buscada renuncia escrita del presidente, a la que se negó sistemáticamente. En realidad sus primeras acciones han ido encaminadas a rebajar la tensión, retirando las tropas de las inmediaciones de la residencia de al Ahmar, donde se estaban desarrollando fuertes combates, tras lo que ha sido posible alcanzar un alto el fuego más estable que los de anteriores días.

La segunda es que la estancia de Saleh en Arabia Saudí supone, siquiera sea transitoriamente, su abandono de hecho del poder, principal reivindicación de los elementos opositores. Se abre así una ventana de oportunidad para una negociación que pueda poner en marcha un proceso de transición, incompatible con el regreso del presidente no ya al poder, sino incluso al país. La gravedad de las heridas desveladas por funcionarios de Estados Unidos a la cadena CNN, de confirmarse, no auguran una rápida recuperación y un regreso a Yemen en pocos días, con lo que se ganaría tiempo para avanzar en las negociaciones.

6. EL CAMINO POR RECORRER

Yemen se encuentra por tanto en una encrucijada. De retornar el presidente Saleh, o en el caso de que el clan familiar consiga mantener el control de las principales unidades militares y policiales, y mantenga el apoyo de las milicias tribales aún fieles, no parece que el escenario posible sea otro que una nueva guerra civil de incierto resultado final. Con rumores cada vez más fuertes de un próximo

regreso del presidente a territorio yemení, alentados por las palabras del vicepresidente, las manifestaciones e incidentes protagonizados por sus partidarios y detractores parecen delimitar los bandos.

En el caso de que no sea así es igualmente difícil prever dónde y cómo acabarán las negociaciones, que sin duda en este mismo momento están teniendo lugar. Tanto al Ahmar como el general Ali Mohsen están en contacto con Arabia Saudí, por lo que podrían ser apoyados en el traspaso de poder, al considerar los árabes a Saleh como un aliado poco fiable en su lucha contra el terrorismo, en lo que pueden llegar a coincidir con los Estados Unidos. En este caso, dada la gran influencia saudí en el país, la suerte de Saleh estaría escrita. Además, Arabia Saudí no ha dudado en intervenir militarmente en Bahrein para salvaguardar sus intereses, por lo que podría apoyar activamente a su candidato llegado el caso. Pero comoquiera que se desarrolle el proceso, es necesario subrayar que presenta riesgos serios que pueden afectar a la estabilidad regional, e incluso tener reflejo a escala global.

Puede potenciar las tendencias centrífugas ya descritas, tanto en el norte con los *houthis* como protagonistas como, con más posibilidad de éxito, los secesionistas del sur, que buscarían de nuevo la partición del país en los dos Estados preexistentes hasta 1990. La rivalidad endémica entre ambos hace difícil pensar en una coexistencia pacífica y armoniosa, convirtiéndose como sucedió antaño en un foco permanente de inestabilidad y conflicto. De hecho, en la realidad nunca ha existido un Yemen auténticamente unido, manteniéndose la ficción únicamente bajo el mandato de Saleh, que ha conseguido identificar el Estado con su persona y viceversa.

Tanto la situación descrita en el párrafo anterior como la disolución del Estado y la supervivencia de un único Yemen como un estado extremadamente débil o plenamente fallido, situaría al territorio en las condiciones ideales para convertirse en el nuevo santuario del yihadismo internacional, convirtiéndose en amenaza cierta tanto para los países próximos como para el mundo occidental. Se produciría de hecho una multipartición del país con el dominio local y regional de grupos tribales y religiosos. En este caso se incrementarían fácilmente las relaciones ya existentes entre AQPA y Al Shabab en la orilla sur somalí del Golfo de Adén. De este modo una de las rutas marítimas más importantes del mundo podría verse flanqueada por dos territorios con fuerte presencia terrorista.

Pero también es posible que en el proceso se logren algunas de las reivindicaciones protagonistas de las protestas, expresadas en trece puntos llenos de sentido común. En el caso de que la participación ciudadana alcance la capacidad de decidir sus representantes, dado el tradicionalismo imperante en la sociedad, el conservadurismo religioso y ciertos datos procedentes de encuestas anteriores a la situación actual, no es difícil pensar en el establecimiento de gobiernos islamistas en Sanaá. Aunque esto no tiene por qué suponer necesariamente un riesgo, dados los antecedentes de la vida política del país se antoja complicado un modelo de Estado y Gobierno próximo a Turquía, ejemplo en el que se miran los partidarios árabes de conjugar democracia e islam. Por otra parte la división del país en un 45% de chiíes y un 55% de suníes tampoco permiten suponer la pacífica coexistencia bajo gobiernos de corte islamista, además del papel a jugar por la siempre presente Arabia Saudí, que en

su pugna regional con Irán no permitiría fácilmente el establecimiento de un poder chií en su frágil frontera sur.

Por último señalar la posibilidad de que, unidos temporalmente por el objetivo común del derrocamiento de Saleh y el fin de su régimen, los diferentes grupos opositores alcancen acuerdos que permitan iniciar un proceso de transición pacífico. La duda consiste en saber si transcurrido el tiempo serán capaces de poner el interés general por encima de los intereses tribales y de clan, así como de dirimir democráticamente las graves fracturas religiosas, sociales y políticas trazadas en el mapa de este atormentado país. No es fácil que así sea.

Lo que sí parece claro es que el clima creado por las protestas pacíficas iniciales va a ser difícil que retorne, colocando a la revolución yemení más cerca del caso sirio o libio que del tunecino o el egipcio, por lo que el término de Primavera Árabe podría olvidarse en el caso del Yemen, al menos por el momento. Lo que vaya a suceder de hoy en adelante probablemente nadie lo sabe, aunque las diferentes opciones obligan, todas ellas, al mantenimiento de una minuciosa atención sobre los acontecimientos. La desatención sobre el régimen talibán de Afganistán tuvo penosas consecuencias que no deberían repetirse en el caso de Yemen.

*Francisco José Berenguer Hernández
Teniente Coronel DEM
Analista Principal del IEEE*